

Fermín Burke

Me llamo Fermín Burke, nací en Lima hace treinta y tres años y hoy, después de once años fuera, es el primer día que amanezco bajo su cielo gris. Porque Lima es gris, para qué negarlo, pero a pesar de su melancolía característica, hoy me siento bien aquí.

Me fui sin ninguna idea clara excepto mi destino más inmediato: Alemania. El apellido Burke no es germánico, es irlandés, pero es el apellido de mi padre que sí es alemán aunque a veces parece más peruano que yo. Él llegó a Lima cuando era un bebé de poco más de un año de la mano de mis abuelos, huyendo del horror de la guerra que asoló a medio mundo. Mis abuelos me contaron que por esa época muchos alemanes y en general, toda la gente que pudo y que tenía dos dedos de frente, migraron donde buenamente pudieron. Mis abuelos decidieron irse lo más lejos posible, no quisieron quedarse en el viejo continente porque si te quedabas por ahí siempre corrías el riesgo de que los acontecimientos te alcanzaran. Ni Suiza, ni Italia, ni Polonia, ni Francia, ni tan siquiera en Inglaterra se sentirían seguros, prefirieron irse más lejos y por una suerte de felices coincidencias terminaron en un transatlántico que cruzó el Golfo de Panamá y los dejó en las costas peruanas, en el puerto del Callao cuando corría el año 1943. Pudieron haber terminado en Chile, como la mayoría de alemanes que emigraron por esos años, pero después de meses de viaje estaban exhaustos y se bajaron en la costa de Perú antes de que el barco llegara a su destino final cuatro mil kilómetros más abajo.

Con veintidós años me conocía la historia de los abuelos Leonard y Zelda de memoria, los problemas de idioma que tuvieron al principio, la falta de dinero, el trabajo como mecánico de coches que consiguió mi abuelo en un taller y le permitió sustentar a su breve familia, el dinero extra que mi abuela aportaba haciendo tartas caseras,

remiendos, cuidando niños y lo que se le presentara, los papeleos de nacionalidad que hicieron para los tres y también el miedo a volar de mi abuelo que les impidió volver a su lugar de origen ni siquiera de visita muchos años más tarde cuando se hicieron viejos. Así que nunca volvieron, salieron con lo puesto de un pueblito llamado Springe, al lado de Hannover y rehicieron su vida en otro sitio sin más. Cuando preguntaba a mi abuela por qué no volvían en barco, ella decía que no estaba dispuesta a soportar dos meses de viaje por mar otra vez. Yo le decía que actualmente los barcos seguramente viajaban más rápido y tenían más comodidades que hace cincuenta años, pero la conversación siempre terminaba cuando ella me recordaba, a veces en alemán a veces en castellano, que ella ya era demasiado vieja para estas cosas. De todos modos mi abuela no parecía echar de menos Springe. Yo creo que ella estaba contenta del sitio en el que estaba y que había disfrutado su vida tal como había sido, por lo que no tenía muchas ganas de moverse de ahí, sin embargo mi abuelo sí quería, se enfadaba consigo mismo por el miedo a volar e intentó superarlo en varias ocasiones haciendo pequeños viajes en avión por el país, pero lo pasaba tan mal en vuelos cortos de una o dos horas, que no podía concebir realizar un vuelo de doce horas sin morir en el intento.

Mi abuelo Leonard murió con 71 años y mi abuela Zelda falleció al año siguiente, también con 71. Aunque la versión médica es que mi abuela falleció por un fallo hepático, yo sé que fue por pena. Ese día yo estaba en el hospital con ella, de repente levantó la mano, me miró con una sonrisa en la cara y me pidió que me acercara. Me susurró al oído *gehen an Springe*, ve a Springe, tu abuelo estará contento de que lo hagas. La miré y le dije : claro, *ich geh schon...* iré... Luego cerró los ojos y vi como la vida abandonaba su cuerpo dejándola con expresión apacible.

El día que partí hacia Alemania llevaba ya un camino de varios meses recorrido por el que obtuve todos los papeles necesarios que me legitimaban como descendiente de

alemanes y por lo tanto me permitían viajar hacia Europa con más comodidad que si no lo fuera. En general un peruano, yo qué sé por qué motivo, no tiene la misma facilidad de movimiento por el mundo que otras nacionalidades “similares”, es decir nacionalidades de lo que la gente llama “el tercer mundo”. Por ejemplo, un brasileño o un argentino tiene más libertad de movimiento por el mundo que un peruano. Son temas diplomáticos, supongo, pero da rabia. Los problemas migratorios para los países de acogida son bastante complejos y tampoco se les puede culpar de intentar llevar un control férreo de quién entra y quién sale dada la mala situación actual del mundo: contrabando, narcotráfico y terrorismo, problemas que no existían antes. Mis abuelos una vez instalados tuvieron que hacer papeleos, la burocracia parece haber existido desde el principio de los tiempos, sin embargo siempre tuvieron la certeza de que podrían quedarse en el país que les acogía. Todo ha cambiado; ya no resulta sólo un trámite, actualmente quedarte en un país que que no es el tuyo es bastante más complicado que soportar la burocracia, tienes que demostrar muchas cosas que a veces son injustas y que los propios nacionales ni siquiera se han planteado. Por suerte, como dije antes, mi condición de nieto de alemanes me proporcionaba una ventaja funcional que aproveché con mucho gusto y en poco tiempo tuve todos los papales necesarios para emprender el viaje.

Lo hice en el año 94, cuando Fujimori todavía era un presidente respetado en el país, aunque la comunidad internacional ya lo trataba mal. Acababa de terminar la carrera de economía con veintidós años y por aquel entonces no sabía a qué me iba a dedicar realmente. En principio mi idea era darme una vuelta por el país de mis abuelos y alrededores en tren durante un mes o dos como mucho para cumplir la última voluntad de mi abuela, y también porque siempre había tenido curiosidad por conocer el sitio del que tantas historias me habían contado. Mi padre no recordaba nada de aquello, había crecido

y vivido en Lima toda su vida y sentía una especie de remordimiento extraño por el hecho de tener raíces foráneas. Era un poco revolucionario yo creo, y eso le generaba conflictos internos. Mis abuelos se dieron cuenta y no quisieron empeorar esos conflictos hablándole demasiado de su país de origen ni de nada relacionado con Alemania, por eso cuando me tuvieron a mí, fui como una vía de escape para ellos, un desahogo, y vertieron todas sus historias en mí. Cuando era pequeño me hablaban de la vida sencilla que llevaban allí, del campo, del clima, del frío, de la nieve y conforme fui creciendo empezaron a contarme otro tipo de historias, la guerra, las barbaridades que nunca pudieron explicarse y la vergüenza que siempre habían sentido por ello. Supongo que por eso siempre procuraron erradicar cualquier tipo de radicalismo que yo pudiera mostrar en cualquier dirección y sospecho que tuvieron bastante éxito porque no creo en nacionalismos y ni siquiera entiendo el fervor de los fans de un artista. Hay quienes se sorprenden cuando me preguntan de qué equipo de fútbol soy y digo que de ninguno.

Con 17 años recuerdo estar hablando con mi abuelo de música. Yo le conté que me gustaba un grupo que él también conocía porque por la época sonaban mucho. Se trataba de un grupo que transmitía cierto odio hacia Europa y hacia Estados Unidos porque era lo que se llevaba en los años 80. Me miró sonriente y me preguntó -¿Crees que todo el mundo aquí es bueno? -No, claro, hay de todo- respondí. -Osea que tampoco se puede decir que aquí todo el mundo sea malo. -No. -¿Y por qué crees que este grupo cree que todo el mundo en Europa o en Estados Unidos son malos?. -Es una generalización -dije- pero será porque la mayoría son así. -No Fermín, muchas veces las generalizaciones hacia un país se hacen basándose en lo que hace un gobierno y los gobiernos no siempre hacen lo que sus ciudadanos quieren. No creo que haga falta que te recuerde la historia de Alemania... -No, es verdad. ¿Pero entonces por qué se tiene una mala idea sobre Europa o Estados Unidos?. -El resentimiento que Europa ha generado sobre casi todo el

planeta viene de antiguo, se debe a que Europa conquistó, esclavizó, maltrató a millones de personas hace siglos durante los años de las conquistas. Ese resentimiento en latinoamérica todavía persiste, es muy fuerte y anima a grupos como ese que te gustan a seguir diciendo cosas malas sobre ellos porque eso vende discos a pesar de que Europa dejó atrás esos comportamientos hace más de un siglo. Por otro lado, el resentimiento que se está ganando Estados Unidos con el mundo entero se debe a su egocentrismo: el mensaje que parecen querer transmitir al mundo es que todo lo ancho debe ser para ellos y todo lo estrecho para los demás. Esta forma de pensar se llama capitalismo y es el mal de este siglo. Estados Unidos está en la cúspide de la pirámide, es decir es quien más necesita pisotear para seguir manteniéndose ahí. Les ha tocado ese papel en la historia debido a las decisiones que han tomado sus políticos, pero no se debe condenar a todo un país por lo que hacen sus políticos. Imagínatelo al revés, ¿qué crees que pensaría alguien con ese criterio sobre ti? ¿cómo es nuestro gobierno? ¿te gustaría que te identificaran con él en todos los aspectos? -Creo que Alan es un presidente nefasto que está llevando al país a la ruina. No me gustaría que nadie me identificase con él. -Y sin embargo seguramente muchas personas de fuera te intentarán juzgar por lo que hace o ha hecho Alan o los anteriores presidentes de este país. No es justo ¿verdad?. -No. -Lo primero es intentar no juzgar a nadie, pero somos humanos y forma parte de esa condición la necesidad que tenemos de juzgar a los demás. Imagino que se trata de una forma de supervivencia heredada de la época en la que era cuestión de vida o muerte saber si tenías frente a ti a un amigo o a un enemigo. Así que, como es muy difícil de evitar, procura juzgar con objetividad, no basándote en lo que haya hecho su país, su presidente, o incluso otros de su nacionalidad. Ya no tienes que hacer una valoración rápida para sobrevivir, así que tómate tu tiempo en conocer a las personas y después decide. La gente buena actúa así y por suerte en este país hay mucha gente buena, sino

imagínate lo que pensarían sobre mí sabiendo lo que saben de mi país. - Me dejó pensativo, como siempre, y asentí dándole la razón en silencio. No dejó de gustarme el grupo de música, pero aprendí a escucharlo con otros oídos.

Alemania resultó ser un país muy interesante, sobre todo para ese joven que se adentraba por primera vez en el resto del planeta. No planifiqué el viaje, no me leí una guía de Alemania antes de partir e internet por aquel entonces ya existía, pero no había cientos de páginas de información sobre cualquier tema como ahora y sólo unos pocos privilegiados entre los que yo no estaba tenían acceso desde casa. En el aeropuerto entré en la tienda de revistas y periódicos, miré aquí y allá en las estanterías y me compré una de las guías que encontré sobre el país y fui hojeándola más que leyéndola durante el largo vuelo. Las primeras turbulencias que experimenté debieron dejarme blanco de pánico porque la mujer mayor que iba a mi lado no dejó de hablarme e intentar distraerme y de informarme que era muy normal que las alas que veíamos a través de la ventana tuvieran esa flexibilidad. De poco valieron sus esfuerzos porque sus caras y gestos no acompañaban mucho sus palabras, sino que las contradecían. En esos momento pensé que el miedo de mi abuelo estaba totalmente justificado y temí no poder tomar el vuelo de regreso si es que alguna vez llegaba a destino, tal era el susto que tenía encima. Luego, en posteriores viajes comprendí que en aquel primer vuelo había padecido la suerte del principiante porque habíamos atravesado unas turbulencias especialmente fuertes y poco frecuentes, y que en general los viajes en avión eran tranquilos.

Llegué a Frankfurt y después de pasar tres días en esta ciudad que en invierno es más gris que Lima, y de estudiar los mapas ya un poco más en serio, decidí hacer la ruta más larga hacia Springe para ver más sitios. Tenía tiempo y según mis cálculos traía dinero para estar unos 2 meses dando vueltas y el hecho de que fuera invierno me alentaba más porque nunca había estado en una ciudad nevada y mucho menos con

nieve hasta las rodillas. En Perú claro que hay zonas frías, pero son zonas de montaña, normalmente pueblos pobres en la cordillera, en las ciudades de la costa no nieva, en Lima apenas llueve si es que la *garúa* entra en la categoría de lluvia, así que esto de dar vueltas por una ciudad nevada era toda una experiencia nueva. Sin orejeras parecía que se me iban a caer las orejas por lo que una de mis primeras prioridades fue proveerme de unas, y casi toda la ropa que llevaba del todo inadecuada para este clima. Lo más caliente que llevaba era una *casaca jean* con forro de lana por dentro, las zapatillas que llevaba no eran impermeables, así que los primeros días anduve con los pies mojados casi todo el día. Por mucho que intentara evitar el agua, la nieve también era agua que al contacto con el calor de mis pies terminaba por derretirse y mojarme. En resumidas cuentas, en pocos días gasté un dineral en calzado impermeable y ropa de abrigo. Después de volver a echar cuentas me di cuenta de que mis cálculos iniciales habían sido excesivamente optimistas : en tres días mis ahorros se habían mermado tanto que en vez de dos meses ya sólo contaba con que sería uno, y como sólo llevaba una mochila tuve que deshacerme de la ropa que ya no me cabía.

Una de las cosas que me maravillaron y que años después lo siguen haciendo es el servicio de metro para moverse por las ciudades y el servicio de trenes para moverse fuera de ellas. Resulta que te podías recorrer el país entero en tren, y no sólo el país entero, sino toda Europa en tren. ¿Por qué uno no puede recorrer Perú en tren? ¿por qué uno no se puede recorrer Sudamérica entera en tren? Muchos dirán que es porque están los Andes por medio pero ¿y qué pasa con los Alpes que no impiden que los trenes pasen de Francia a España?. Disfrutando de la maravilla de viajar en tren pensé que indiscutiblemente o eran muy listos en este continente, o éramos muy tontos en el nuestro, o una mezcla de las dos. O tal vez sólo fuese una cuestión de dinero, como todo.

Nunca dejé de pensar en esas canciones que decían que si Europa *puaj*, que si

Europa *ag*, aunque desde el nuevo enfoque todo parecía un poco absurdo. Estaba comprobando con mis propios ojos que los insultos gratuitos eran injustos, el continente tenía mucho que ofrecerme y yo estaba dispuesto a exprimirlo en el escaso mes al que se había reducido mi aventura. De Frankfurt fui a Bonn, de ahí a Düsseldorf, Essen, Dortmund y Hannover. Fue maravilloso, disfruté tanto y me gustaba tanto todo aquello que estando en Hannover empecé a preguntarme si no habría una forma de quedarme algo más de tiempo. Mi visado era para 2 meses, por aquel entonces llevaba poco más de un mes y a pesar de mi pesimismo inicial, mediante un plan de ahorro intenso (comiendo una o dos latas al día de lo que fuese más barato y durmiendo en sitios poco recomendables) y gracias a que mis padres pudieron enviarme algo más de dinero a través de una empresa de *courier* en Hannover, dispuse de algunas semanas más para pensar con un poco de tranquilidad sobre mis siguientes pasos.

De Hannover a Springe hay poco menos de 30 kilómetros. El día que llegué seguía siendo invierno pero ya se notaba que la primavera estaba cerca. El sol iluminaba mucho aunque calentaba poco y los reflejos en la nieve que quedaba amontonada a los lados de la carretera y en los charcos que se formaban por todas partes eran pulsos de vida que el fin del invierno inyectaba a la atmósfera. Seguía haciéndome gracia el vaho que salía de mi boca así que siempre que no tenía gente alrededor jugaba echando bocanadas al aire consciente que en poco tiempo ese fenómeno dejaría de ocurrir hasta dentro de tres estaciones. Se trataba de una ciudad pequeñita que recorrí de arriba abajo en dos días. No pude reconocer el pueblo que me habían contado mis abuelos excepto por una que otra callejuela antigua y por la plaza central del pueblo. Estaba formado por casas y edificios bajos, todos con el mismo estilo alemán de todos los pueblos y ciudades que había visitado hasta entonces. De la estación de tren al centro hay poco más de diez minutos andando, y si caminas otros veinte minutos más hacia el sur o hacia cualquier

dirección, te sales. Desde el *Goebel-Memorial* se puede tener una vista global del pueblo aunque no muy buena, ya que prácticamente no hay puntos elevados en la ciudad, es todo completamente llano. Sin embargo ahí hay unas banquitas para sentarse en las que pasé algunas horas mirando a lo lejos y disfrutando del silencio, aunque no de la soledad ya que en cuanto sale un rayo de sol los alemanes se vuelcan a las calles y las inundan, así que había mucha gente, y digo bien del silencio porque aunque hubiese mucha gente, los alemanes son gente muy silenciosa: puede haber una multitud y a pesar de todo poderse escuchar el sonido del viento.

Las horas que pasé sentado en aquellas bancas me ayudaron a madurar un pequeño plan que de funcionar me daría algo más de tiempo. El día que lo puse en marcha estaba convencido de que todo iría bien. Después de respirar hondo durante algunas horas y de dedicar mis pensamientos durante un rato a mis abuelos Leonard y Zelda y de agradecerles mentalmente que me hubiesen impulsado a hacer este viaje, me levanté y fui directo a la estación de tren a buen paso. Llevaba la mochila a cuestas, había saldado mi deuda con el *Bed&Breakfast* en el que había pasado la dos noches anteriores. Tomé el tren hacia Hannover, me dirigí a un sitio de fotocopias que había visto en el viaje de ida y cogí un papel que había en una papelería del local. Estaba impreso por un lado pero blanco por el otro y no estaba arrugado. Saqué un *lapicero* de la mochila y escribí pasando varias veces la punta por el mismo sitio para intentar dar volumen a las letras : “Spanisch-Stunde, sehr billig. Fermín Burke. - 22 55 08 44 – Otto-Brenner Str. 13”. La dirección y el teléfono eran del sitio en el que había dormido en el viaje de ida, y anunciaba que daba clases de español muy baratas. Confié en que no habría problema con la dirección, pues los dueños del hospedaje habían sido muy amables conmigo. Luego solicité al dependiente que me hiciera 30 copias y me dirigí hacia la zona de la universidad, a media hora andando desde la estación de tren y puse los anuncios en los

sitios más visibles que pude, paradas de autobús, tableros de anuncios y postes de luz.

No tardé mucho en tener unos cuantos alumnos y en poco tiempo me pude pagar sin mucho esfuerzo el alquiler de la habitación y la comida. Ese era todo el plan, darme un poco más de tiempo en Hannover dando clases de castellano al menos hasta poder ahorrar el dinero que me costaría el billete de regreso, lo cual podía suponer varios meses de clases, y mientras tanto aprender, disfrutar de la lluvia, seguir viajando en tren un poco más de tiempo hacia un lado o hacia otro, vivir sin más y pensar, pensar, pensar. ¿En qué pensaba tanto?, no lo sé, en nada en particular, en cosas simples, me preguntaba por ejemplo por qué la riqueza se había distribuido así en el mundo, por qué era tan difícil redistribuirla, por qué incluso habiendo gente con buenas intenciones a un lado, al otro siempre las había del signo opuesto, gente avariciosa, llena de odio. Era el ambiente ideal para plantearse la pregunta del millón: ¿cómo es posible que habiendo tanta gente buena, un sólo individuo ¿malo? hubiese sido capaz de convencer a toda esa gente que una mala idea era buena. Por supuesto también me preguntaba cosas más mundanas como por qué el tráfico era tan desordenado en Lima comparado con Alemania o seguía erre que erre pensando en el metro, sus ventajas y preguntándome por qué en Lima no existía. Alguna vez alguien, no recuerdo quién, me había explicado que se debía a que era una ciudad sísmica y que sería peligroso. En ese momento me convenció, pero estando en Alemania vi un documental sobre el metro de Tokio, probablemente la ciudad más sísmica del mundo, y me quedé sin argumentos. A veces me daba la sensación de que tantas comparaciones no eran buenas, de que lo único que conseguía pensando por qué ellos sí y nosotros no era alienarme, agrandar mi sensación de pequeñez. En esas ocasiones intentaba encontrar nuestros puntos fuertes, las cosas de las que en teoría debería sentirme orgulloso, pero ese ejercicio siempre resultaba un mal remedio porque la lista se limitaba a unos cuantos platos de comida y un par de escritores conocidos. Por

supuesto también estaba el pasado, las grandes culturas, los grandes enigmas históricos, pero eso me hacía sentirme poco más que un egipcio moderno: dueños de un grandísimo pasado y de un pobrísimo presente. Confieso desprovisto de vergüenza que muchas veces fantaseaba sintiéndome alemán, japonés o australiano. Desde mi nueva perspectiva sé sin duda que cualquier peruano moderno que haya vivido fuera y reflexione sobre estas cuestiones siente lo mismo, aunque la mayoría además siente vergüenza por ello, pero yo la perdí cuando fui consciente de lo humano que es el sentimiento de envidia sana, que por lo demás es un sentimiento que ayuda a las personas a conseguir metas.

Y pasó el tiempo. Mucho tiempo casi sin darme cuenta. Alemania dio para cuatro años en los que ahorré más de lo que valía un billete de regreso. En todo ese tiempo no volví, en vez de eso gasté parte de mis ingresos en escapadas de una o dos semanas primero hacia los países más cercanos, Austria, Suiza, Bélgica, Holanda, Luxemburgo y después un poco más lejos a Hungría, Rumanía y hasta Turquía. Todos los viajes cercanos los hice en tren, nunca podré agradecer lo suficiente la existencia de ese servicio tan soberbio, ni tampoco la facilidad para moverse por la zona *schengen* sin necesidad de visados especiales, ni documentos aparte de mi tarjeta de residente. Siempre pensaba en mis abuelos y los imaginaba mirándome con curiosidad sonriendo al verme por las calles que ellos habían conocido en su juventud. Durante ese tiempo escribía largas cartas a mis padres y a dos amigos con los que siempre mantuve un vínculo muy estrecho, aunque he de confesar que por mucho que se quiera a una persona, la distancia realmente distancia y si añadimos el componente temporal, cualquier vínculo fuerte se vuelve cada vez más un hilo fino que en algunas ocasiones termina por romperse.

El día que volví a empaquetar mis cosas había cambiado la mochila de setenta litros

por una maleta de calidad media en la que cabía más o menos lo mismo, pero que era más cómoda de llevar. No quedaba tan juvenil como el mochilón a la espalda, pero me había vuelto un poco cómodo y prefería no llevar a la espalda más de uno o dos kilos. Además estaba más preparado que tres años atrás para el frío, aunque pensé que tal vez no fuese necesario estarlo dado el destino al que me disponía llegar esta vez: España.

Me había cansado de la lluvia, de los días fríos, de la poca luz, y sobre todo me había cansado de la falta de mar. Vivir en Lima tampoco significa ir a la playa todos los días, imagino que no es como vivir en alguna isla caribeña donde la gente hace su vida alrededor del mar, Lima sólo te deja ir a la playa los tres meses de verano porque durante el resto de las estaciones, aunque no hace el frío gélido del hemisferio norte, hay una humedad terrible que resulta muy molesta y los días grises no son precisamente tiempo de playa. Además las playas de Lima están muy descuidadas, para ir a una playa que esté decente hay que irse al norte o al sur en coche. Sin embargo, echaba de menos vivir cerca al mar, echaba de menos la posibilidad de ir un día cualquiera a un malecón cualquiera y mirar a lo lejos dejándome hipnotizar por el vaivén de las olas, echaba de menos el subidón de oxígeno que siempre me produjo estar cerca del mar, y hasta ahora mi ámbito de acción me había llevado a una playa sólo un par de veces. Una fue en Turquía a las orillas del Bósforo, aunque el mar no era mar abierto y la ciudad estaba demasiado cerca y bulliciosa para disfrutarlo en calma, y la otra fue en las costas holandesas, donde el césped llegaba hasta la arena y se respiraba tranquilidad, limpieza y brevedad. Fue durante ese viaje cuando sentí la necesidad acuciante de tener el mar más cerca y la sensación no me abandonó después de varios meses, así que empecé a dar vueltas a la idea, primero de regresar a Lima, y después de buscar un destino más cercano. Por algún motivo evitaba el regreso, no tenía ganas, recordaba el caos de la ciudad y algo en mí se resistía a dar la vuelta y dar por concluido el viaje a pesar de los

años transcurridos. Inicialmente pensé en Italia o Grecia, incluso en algún punto de las costas francesas pero tenía entendido que estos no eran muy dados ni al alemán, ni al castellano, ni mucho menos al inglés, así que el idioma hubiera supuesto un problema. La opción lógica fue España, además durante los años en Alemania había conocido a más de un español que siempre que podía presumía de sol, buena comida, *marcha y buen rollo*, palabras que por entonces sólo entendía por el contexto de la conversación.

Decidí ir directamente al meollo del asunto, además desde Alemania los vuelos eran sumamente baratos hacia los puntos de la costa sur española, mucho más baratos que viajar a Madrid, por ejemplo. Así que en un abrir y cerrar de ojos estaba en las playas de Málaga disfrutando de sol, arena... y de miles de alemanes que también vivían o veraneaban allí. No es que quisiera huir de los alemanes, pero había tenido suficiente de aquello y prefería algo diferente. Me moví por varios pueblos cercanos a Málaga, aunque aquí el tren ya no era el gran aliado, había que moverse en tediosos autobuses. No es que en España no hubiese una buena red de trenes, pronto descubrí que sí, sin embargo la costa sur estaba desprovista prácticamente de este servicio, que sólo servía para salir del sur, pero no para moverse por él.

Después de algunas semanas recorriendo la costa, Torremolinos, Fuengirola y Marbella hacia un lado de Málaga y Nerja, Almuñécar y Salobreña para el otro lado, conseguí un trabajo de camarero en un bar de playa en Nerja y decidí quedarme ahí una temporada. Resultó muy agradable, viví poco más de un año entero allí, desde ese verano hasta finales del siguiente pero las perspectivas laborales eran pocas y mi economía aquí volvió a ser precaria. En Hannover las clases de castellano me habían dado para vivir sobradamente bien durante cuatro años seguidos y a pesar de los viajes incluso había podido ahorrar algo de dinero, sin embargo el sueldo de camarero en Nerja daba para muy poco. Se me ocurrió ejecutar mi antiguo plan salvador a la inversa y dar

clases de alemán, pero pronto descubrí que los nerjeños no estaban muy interesados en los idiomas y más tarde fui consciente que en general todos los países de ascendencia latina parecen tener cierta aversión a los idiomas que no son el suyo propio: italianos, franceses, españoles, portugueses, todos se caracterizan porque en todos es difícil encontrar personas con las que poder comunicarte al menos en inglés.

Cuando me fui de Nerja había cubierto mis necesidades de mar abierto durante una temporada. Subí hacia Madrid en autobús regular; preferí hacer el viaje durante el día para poder ver el paisaje. Llegué una tarde de otoño, sobre las 4 de la tarde a la estación sur de autobuses de Méndez Álvaro y me alegré al comprobar que había acceso directo al metro. Volvía a estar en un sitio con metro, lo cual era de agradecer. Me orienté con facilidad y no tardé en llegar a la estación de Sol, en pleno centro. Ahí alquilé un hostel barato por una semana que pagué por adelantado, salí a dar una vuelta corta por el centro y subí a mi habitación enseguida porque me encontraba bastante cansado del viaje. Era sábado así que esa primera noche en Madrid pude comprobar una de las principales diferencias de esta capital respecto al resto de capitales europeas: el ruido, la actividad frenética hasta casi finalizada la madrugada, horas en las que los primeros rayos de sol acompañan a los transeúntes de regreso a sus casas después de una larga noche de fiesta. En la costa me sorprendía menos, a fin de cuentas se trataba de una zona de playa, de un destino turístico y vacacional pero tenía la sensación de que Madrid debía ser más serio: estaba claro que me equivocaba. El domingo, ya más descansado estuve en varios *pubs* en el centro, hablé con todo el que pude, entablar relaciones con desconocidos era más sencillo que en otros países, la gente parecía mucho más abierta y pasé parte de la noche charlando con una chica que me contó muchas más cosas de las que cabía esperar que alguien le contase a un perfecto desconocido. Me esforcé por corresponder su facilidad de palabra aunque no creo que lo consiguiera porque en

general suelo ser bastante reservado, pero mis historias de viajes parecieron ser suficientemente interesantes. Como todas las personas que he conocido durante estos años, Alba no fue menos y cuando le conté de dónde era soltó el típico -pues no pareces peruano. Hay bastante coincidencia respecto a la idea que se tiene de la fisonomía del peruano medio en todas partes: se trata del típico indio de pómulos marcados, tez enjuta, pelo fuerte y estatura más bien breve. Supongo que es normal, a fin de cuentas hay muchos compatriotas que responden a estos rasgos, pero la mayoría se sorprenden al saber que también hay mucha gente negra, o mucha gente con rasgos chinos, japoneses y por supuesto también rasgos más occidentales y todo el abanico de mezclas posibles de todas estas fisonomías.

Hasta este momento no he dicho nada acerca de mi aspecto físico. Es posible que alguien haya podido imaginar que tengo la pinta que se nos viene a la cabeza cuando pensamos en el término “alemán”: alto, rubio, esqueleto ancho, etc. Nada más lejos de la realidad. Mis abuelos, aunque alemanes, huyeron entre otras cosas porque eran de ascendencia judía, así que aunque eran muy blancos y tenían los ojos verdes, su cabello era oscuro y rizado, tenían la nariz aguileña y no llegaban al metro setenta. Así que mi aspecto iba más bien por ahí, aunque había algo que hacía que mis facciones fueran aun más indefinidas. Hasta ahora sólo he hablado de mi legado paterno, no he dicho nada de mi otra mitad. Mi madre era lo que se conoce como una *nikkei*, es decir, descendiente de japoneses fuera de Japón, sobre todo en América. A Perú llegó la inmigración japonesa hacia el año 1900, años después de firmarse el “Tratado de paz, amistad, comercio y navegación entre Perú y Japón” en 1873. Así que mis ojos son bastante oscuros y también bastante rasgados y la forma de mi cara está en un punto intermedio entre lo angular y lo redondo, lo que la hace algo difícil de definir. Ni guapo ni feo, agradable para la mayoría de las personas aunque más de una vez he percibido que hay personas a las

que les resulto inquietante, supongo que por aquello de no poder encasillarme en un grupo definido. Hay mucha gente con esa fea manía.

Esta chica parecía ser de esas raras que me encontraban guapo, así que después de aquella noche la llamé varias veces y cuando, poco después y debido a ella me compré mi primer teléfono celular, ella también pudo llamarme. Nos volvimos a ver varias veces, paseamos, cenamos, hablamos mucho, y al poco tiempo yo ya estaba viviendo en su departamento o *piso*. Por esa época, con veintiocho años y una relación que para mí era bastante formal después de algunos meses pues nunca hasta entonces había vivido con nadie aparte de mis padres, empecé a plantearme un poco más seriamente mi futuro. No había estado mal dar tumbos como hasta ahora yendo de aquí para allá según iba decidiendo sobre la marcha, pero al poco tiempo con Alba pareció claro que mi forma de vida debía cambiar y ciertamente yo tenía ganas de que fuese así. La idea de volver a Lima se había vuelto bastante lejana, así que pedí a mis padres que me enviaran los papeles que demostraban que yo había estudiado una carrera previa *compulsa* de los mismos, palabra que hasta entonces desconocía, e inicié los trámites para que se me reconocieran aquellos estudios en España. El proceso fue bastante más largo y tedioso de lo que yo me esperaba pero al cabo de un par de años y de haber cursado algunas asignaturas de adaptación el Ministerio de Educación decidió que yo ya podía ser tratado como economista también en España. Durante ese tiempo trabajé de todo lo que fui encontrando, el trabajo que más me duró fueron seis meses como botones en un hotel al lado de La Castellana.

Ni qué decir que encontrar trabajo de lo mío fue imposible. Por esos años la economía estaba de moda en Europa por aquello de la entrada de la moneda única, pero ni por esas me fue posible colocarme en lo mío. También se había puesto de moda la informática en España, el boom tecnológico de los 90 había dado paso, en el año 2000, a

la madurez de las empresas que habían sobrevivido a la quiebra de las .com, lo que se traducía en estabilidad laboral en ese sector por lo que el trabajo que conseguí en uno de los primeros grandes almacenes destinados sólo a tecnología resultó muy estabilizador y terminé trabajando ahí bastantes años con un buen contrato y un buen sueldo fijo por fin.

Las anécdotas idiomáticas se multiplicaron por mil. No es como irte a vivir a otro país en el que se habla otro idioma y en el que haces lo posible por adaptarte a sus expresiones y modo de hablar, no. En este caso uno entra en conflicto interno porque se supone que se trata del mismo idioma, pero te das cuenta que la gente dice lo mismo de maneras muy diferentes y que incluso dice cosas muy diferentes y aunque terminas cambiando tu manera de hablar, te revelas contra algunas cosas que prefieres seguir diciendo a tu manera porque de lo contrario sientes que estás renunciando a tu identidad y eso genera un cierto estrés en la relación con los demás. A mí personalmente me resultaba completamente impensable *zezeear* al modo español, es decir, pronunciar la zeta como ellos. Creo que en general es lo que más cuesta asimilar a cualquier castellano-hablante que venga a vivir a esta zona de España. En Málaga no tuve ese problema, la pronunciación aunque también era muy diferente, al menos no tenía esa componente inquietante, pero Madrid era otra cosa. Algunas personas me intentaron “enseñar a pronunciar bien” un poco en broma un poco en serio, pero evidentemente no se trataba de un problema fisiológico; hablo inglés y alemán con fluidez y puedo producir el sonido “*th*” sin ningún problema, sin embargo no es un sonido que asocie con mi idioma natal y por lo tanto utilizarlo en castellano me resulta fuera de lugar. No digo que los españoles no deben usarlo, sólo digo que no me resulta natural saliendo de mi boca, así que ¿por qué forzarlo?. Sin embargo otras cosas se acoplaron de manera natural a mi lenguaje cotidiano, sobre todo las expresiones coloquiales que involucran la jodienda, la leche y las hostias que los españoles usan con tanta maestría. Otro de los puntos conflictivos era la

conjugación de los plurales con *vosotros* en vez de con *ustedes*. Durante años viví con los conflictos del idioma hasta que un día me dio todo igual. Me dio igual lo que me dijeran sobre mi manera de pronunciar y también me empezó a resultar natural la conjugación con *vosotros*, así que empecé a utilizarla al principio con algo de timidez y después con normalidad, más que nada por comodidad, por no tener que explicar a cada persona nueva que conocía que para mí tratar a un grupo de *vosotros* suponía un trato muy respetuoso mientras que para ellos era todo lo contrario. No creo que haya una forma “correcta” cuando se trata del idioma: simplemente hubo evoluciones diferentes a un lado y a otro del Atlántico.

Una noche volviendo a casa por la madrugada intentaron robarme *el peluco*. Hasta entonces no había escuchado esa palabra antes, ¿qué demonios era el peluco?. Otro día un compañero me preguntó en el almacén *que si pilotaba* señalándome un ordenador desmontado. Las risas fueron sonoras el día que dije que quería *sacarme la polla* para comprarme un coche, o cuando le dije a uno que me estaba explicando cómo jugar al mus que no entendía *ni chocho*. Se me quedó la misma cara de póker que se le habrá quedado a cualquier peruano en sus primeros días en Madrid cuando en la hamburguesería de turno me preguntaron si quería *una pajita* y todavía después de tantos años tengo que pensar cómo debo llamar a una *bufanda* cuando estoy pensando en una *chalina* o a un *sacapuntas* cuando lo primero que se me viene a la cabeza es un *tajador*, pero al menos ya no supone un esfuerzo estresante.

Alba terminó cansándose de mí y para ser sinceros yo también de ella. Su marcha supuso para mí una nueva etapa de viajes después de los dos meses de depresión que mandaba el corazón, porque a pesar del mutuo cansancio, había compartido con ella cinco años de vida, había muchos recuerdos, muchas personas en común, mucha vida que derrepente daba la sensación de quedarse a medias y mucho mundo que también

parecía hundirse por momentos. Las rupturas son así cuando quieres a alguien y volver a viajar fue un gran ungüento. No es que con Alba no viajara, con ella recorrí España y Portugal de arriba abajo y de este a oeste, pero hay pocas actividades que varíen tanto dependiendo de si las haces con tu pareja o si las haces solo. Al menos si eres como yo, que viajo sin mucha planificación, improvisando, procurando caminar por todos los rincones que me ofrecen los sitios nuevos y que me detengo a hacer fotos a cualquier cosa que me llama la atención. Viajar con Alba suponía, a ser posible, tenerlo todo perfectamente planificado con semanas de antelación, hoteles, excursiones, transporte, comida y si no era así ella iba a disgusto.

Mis padres vinieron a visitarme varias veces a Madrid, las cosas les iban bien en Lima, mi abuelo había dejado en herencia un pequeño taller mecánico que mi padre había conseguido hacer prosperar hasta convertirlo en una cadena de talleres, lo cual les permitía vivir con bastante holgura. Yo procuré nunca necesitar pedirles dinero. En todo el tiempo que transcurrió desde que salí de Lima no volví a ver a ninguno de mis 2 amigos limeños de juventud. Seguimos manteniendo un contacto más bien perezoso por correo electrónico cada varios meses, pero nada ni remotamente parecido a las largas cartas manuscritas del pasado que se iban completando a lo largo de varios días y que echaba en el buzón como quien deja a un hijo en su primer día de colegio, con la angustia de soltarle la mano y dejarlo ahí entre paquetes desconocidos pensando que pasaría por quién sabe cuántas manos antes de llegar a su destino final... si es que llegaba. Siempre llegaba. Siempre me gustaron las cartas, escribirlas y recibirlas y tengo una caja que durante los primeros cinco años se llenó a buen ritmo constante que poco a poco fue decreciendo y hoy ya es sólo una caja con recuerdos del pasado que desde hace tiempo guardo en el rincón más lejano en lo alto de un armario porque sé que no necesitaré abrirla para introducir una nueva carta, sino sólo para desenterrar recuerdos.

En el año 2004 la redes sociales estaban en plena efervescencia. El uso de estas nuevas herramientas de comunicación abrió un mundo de posibilidades a un montón de gente. Al principio a gente con problemas para relacionarse con los demás, pero en poco tiempo se hizo tan común y habitual que pronto todo el mundo perdió las reticencias iniciales y empezó a relacionarse por internet, a conocer gente y al principio los más osados incluso a quedar con las personas que conocían en la red. En cuestión de dos años era difícil encontrar una persona menor de treinta años que no hubiera quedado alguna vez con algún desconocido a través de internet. Por supuesto esta práctica tenía algunos riesgos evidentes, el más común e inofensivo hasta cierto punto era que la otra persona te engañase sobre su aspecto físico, y los más peligrosos eran aquellos que tenían intenciones malas, pero si eras chica nunca faltaba el amigo o amiga que te acompañaba y espiaba de lejos hasta quedar convencida de que no se trataba de un psicópata. Así conocí a Betsy. Todavía me hace gracia su nombre. Betsy es una chica a la que al principio sólo conocía detrás de la pantalla porque le iba el misterio y la emoción así que no intercambiamos más que palabras hasta que tomamos la decisión de conocernos. Me bastaron siete semanas hablando con ella para decidir lo que hasta ahora me había costado casi once años hacer: volver. Porque Betsy no vivía en Madrid, ni en España, ni siquiera en Europa, vivía en Lima. Había surgido algo importante entre nosotros, lo sentía con claridad diáfana, así que no me quedaba más remedio que conocerla y ella insistió en que no había mejor escenario para el encuentro que un sitio que ella conocía en Barranco.

Y aquí estoy, mirando a través de la ventana el cielo gris de Lima sorprendido del camino que me ha llevado de regreso hasta este punto; nada del otro mundo, pero no por eso deja de ser trascendental para mí. Durante una conversación le dije a Betsy que no sabía si podría volver a vivir en Lima y ella respondió que nadie había hablado de vivir en

Lima, sólo de conocernos en Lima. Eso terminó de convencerme, yo quería dejar esa puerta abierta y ella lo hizo por mí. También me dijo que sentía que yo necesitaba volver y reconciliarme con este país. No le faltaba razón, tantas comparaciones, tantas palabras nuevas, tantas diferencias me habían alejado más de lo que estaba dispuesto a admitir. Seguía sin gustarme no tener ni tren, ni metro, ni un tráfico ordenado, pero estaba dispuesto a sentirme bien, al menos durante una temporada y luego Dios diría.

Estoy nervioso, hemos quedado hoy a las seis de la tarde, son las diez de la mañana y no puedo estar quieto, tengo que hacer algo, me arreglaré y saldré a la calle ya. Tengo que volver a aprender a orientarme en esta gran ciudad, ni siquiera sé qué *micro* o *combi* tengo que tomar para llegar a Barranco; por no saber, no recuerdo ni siquiera dónde está Barranco. Me pregunto si en Lima habrá una oficina de información turística...

Epílogo

Han pasado tres años ya desde ese día maravilloso. Betsy resultó apellidarse Kaku, como el famoso físico teórico de origen japonés, así que después de haberme reconciliado con mi país, hoy hacemos las maletas los tres. Emigramos a Japón a vivir experiencias nuevas, a aprender más de nosotros mismos también, porque a pesar de este mundo empequeñecido por sus fronteras hay quienes hemos nacido para traspasarlas. Con un poco de suerte la pequeña Elena heredará el gen migrador que posee toda su familia y con un poco más de suerte quizá para entonces, para cuando ella empiece a viajar, las fronteras hayan dejado de existir. Sueña Fermín, que los sueños alimentan la vida.

Juan F. Capristán W.

Madrid, 8 de mayo de 2010